

CAZADORES DE HISTORIAS



Ganadores

2019





Isabel y el líquido mágico

Por Sara Sofía Alonso
Estudiante de grado 2ºB - Colegio Cafam (Bogotá)

Había una vez una hermosa niña llamada Isabel que vivía con su mamá y su papá, llamados Mariana y Diego en medio del bosque. A Isabel le gustaba bailar y era una excelente bailarina, pero a sus papás no les gustaba que ella bailara porque le podía ir muy mal en el estudio.

Un día Isabel fue a pasear con su amigo el búho llamado Pepito, caminaron durante mucho tiempo en el bosque y ella sintió mucha sed.

Pepito se fue volando entre los árboles buscando algo de tomar para Isabel y encontró una botella que tenía un líquido de colores brillantes y la recogió y se la llevó a su amiga Isabel estaba muy contenta y se la tomó toda.

Luego se quedó dormida abrazando a Pepito y cuando se despertó estaba en un gran castillo vestida con un hermoso atuendo, una corona y zapatillas de cristal. Pepito estaba sorprendido y juntos fueron a buscar a los papás de Isabel por todo el castillo, pero no los encontraron.

La niña estaba muy triste pero Pepito le dijo que fueran a buscar a la casa en medio del bosque.



Tuvieron que enfrentar muchos peligros y uno de ellos fue atravesar el río, otro fue cruzar por el campo de las serpientes pasar por encima del gran árbol caído y llegaron al lago de los pavos reales y si lo cruzaban llegaban a la casa pero para poder pasar debían enfrentarse a un duelo de baile con los pavos reales tuvieron que bailar muchas canciones y los pavos reales eran muy buenos.

Isabel estaba muy nerviosa pero se dio cuenta que sus papás la miraban desde la casa sintió mucha confianza y empezó a bailar y lo hizo muy bien y al final ganó y pudo llegar a su casa.

Sus papás estaban muy contentos y la felicitaron y la matricularon en una escuela de baile y se presentó en Navidad y fueron felices para siempre.





Los diamantes

Por Alhana Sharick Núñez
Estudiante de grado 5ºA
Colegio Agustín Nieto Caballero (Santa Marta)

En un antiguo reino, durante el invierno cerca de la gran ciudad un rey muy gruñón y meditabundo reflexionaba bajo la noche iluminada.

Recordaba la herencia proveniente de sus padres compuesta por joyas platería y diamantes según él contaba el tesoro se había desaparecido en aquella laguna de aguas transparentes y piedras blancas. Lo que el rey más añoraba eran los brillantes diamantes, únicos en su clase y que representaban una gran fortuna.

Al amanecer llegó al palacio un campesino de tez blanca reconocido por ser muy astuto. Este confesó al rey que los famosos diamantes estaban escondidos en el reino de las encantadas flores y que además eran custodiados por criaturas abominables, medusas con cara de humanos duendes orejones y centauros cachetones.

El rey propuso al campesino ir por los diamantes y recompensarlo con la mano de su hija menor y muchas más riquezas. El campesino aceptó y caminó bosques encantados, montañas mágicas y senderos vigilados por enanos.

Al llegar a la cueva el campesino gritó fuerte: ¡Quiero los diamantes del rey! Las criaturas despertaron queriendo atacar pero sintieron una energía mágica. Las medusas quedaron sin tentáculos y se pusieron a llorar. Los duendes perdieron sus dientes y el centauro hipnotizado sirvió de transporte al campesino.

De regreso se encontró con la supuesta bruja del hechizo, quien confesó ser una hada víctima de un rey malvado que vivía en un reino cerca a la gran ciudad. Entonces el campesino regresó al reino y atrapó al malvado rey gruñón que no tenía hijas ni diamantes ni tesoros. Por el contrario era un gran mentiroso y engañoso.

El campesino contó al hada que era hijo de la reina Blanca Nieves, por eso sus poderes mágicos.

Finalmente el hada sonrió feliz y se casó con él, ahora noble y rico campesino. Juntos construyeron un reino grande y próspero que comercializaba diamantes por todo el mundo.

Y colorín, colorado este cuento se ha acabado.



La bailarina del marinero

Por Mariana del Río Ramírez
Estudiante de grado 5º - Liceo de Occidente (Buenaventura)

Su corazón se desesperaba y parecía un caballo galopando sobre su pecho. Cada uno de esos días que a lo lejos en el horizonte de ese inmenso espejo azul, divisaba el barco que traía el amor de su vida, el hombre por el que suspiraba cada vez que releía aquellas cartas de amor que de cada país le enviaba de manera religiosa, el marinero que la tarde más hermosa del mundo el mar trajo hasta la plazoleta donde ella dejaba su alma al bailar, esa tarde de abril del año 1939, sobre el cual colgaba el más bello de los arco iris, cuando sus miradas se cruzaron, ella la bailarina de cabellos de oro, dejó de bailar por unos pocos segundos y al reaccionar le regaló aquella inigualable sonrisa que atrapó el corazón del joven marinero. Doña Mercedes, su madre y eterna compañera en sus presentaciones, se percató del amor que desde ese instante se instaló en su mirada y se sintió triste de compartir su corazón.

Cuentan que era tan grande la belleza y la fuerza de este amor, que la luna no volvió a salir sobre aquella pequeña y mágica ciudad a la orilla del mar, pues sentía celos del brillo de aquellos cabellos dorados de la hermosa bailarina, que cada noche se hacía más intenso a medida que crecía su amor por aquel marinero de fuertes brazos y rostro bronceado. Desde aquel momento que nació este amor, ella bailaba con más gracia y su sonrisa era como

un poderoso imán que hacía que la plazoleta se atiborrara de gente, que como encantadas cumplían a diario la cita para ver bailar a la hermosa bailarina de cabellos dorados y al final se marchaban con la tristeza que el sol siente en el ocaso cuando se entrega al mar, pero consolados por la esperanza de que amanecerá para volverla a ver en aquella plazoleta rodeada por aquellas casas blancas, de bellos balcones coloniales donde colgaban jardines de faroles de cálida luz amarilla, que le daba un color ocre a cada una de esas mágicas noches.



El camino para Ser un director

Por Ronald Andrés Rincón Miranda
Estudiante de grado 5º - Liceo Amiguitos (Barrancabermeja)

Yo desde pequeño quería ser director de un colegio, pues tengo experiencia y sé que muy pronto ocurrirá y para mí yo quiero la escuela de muchos niños soñadores y de mucha imaginación y ahora yo sé que cumpliré mi sueño pero hay algunos problemas, primero tengo que tener una hoja de vida impecable con muchos doctorados, segundo estoy siendo profesor de varios colegios y eso tiene una buena razón y una mala. La buena es que eso me ayudaría a tener la hoja de vida impecable. La mala es que pierdo tiempo, y el último problema es que necesito el presupuesto para la escuela y los docentes y alumnos para la institución.



Ya soy muy anciana y tengo el doctorado, los docentes y la escuela solo falta imaginarla.

Ya ha pasado mucho tiempo y no he tenido problema con ningún docente y estudiante y eso me ha hecho crecer en la industria de la educación.

Ah se me ha olvidado decirles que tengo muchos niños soñadores y el que más veo en la jugada es a Pedro Castillo, el es un niño creativo, soñador y muy inteligente. Todos los profesores que le dictan clases a él me han dicho que quedan impresionados por sus dibujos y sus cuentos, pues el imagina dragones, princesas, príncipes y muchas aventuras.

Yo le he dicho a el que siga con esa gran imaginación porque con imaginación todo se puede y yo sé que él tiene futuro como escritor.

Gracias a que he sido muy amistosos con todos los alumnos y padres de familia, me he ganado el cariño de todas las familias.

Me despido porque seguiré siendo el director de mi escuela y les recuerdo que con imaginación todo es posible.



El binóculo indiscreto

Por Diego Andrés Gómez Bedoya
Estudiante de grado 5º - Colegio Anglo Americano (Barranquilla)

Nunca hubiera podido creer hasta imaginarlo en mi mente y observando con estos ojos que se han de comer los gusanos que la camarera del camarote 8K pueda ser capaz de vivir semejante aventura de amor a sus ochenta y cinco años de vejez, ¡quién lo puede imaginar! Pero así es.

Desde el balcón de mi ventana y en dirección hacia su camarote, puedo ver cómo cada mañana al despertar el sol, el hombre que reparte el periódico en la habitación de cada huésped del barco que nos transporta a través del océano Atlántico, desde Acapulco a puerto Vallarta, entra en silencio y misteriosamente a su camarote, no sin antes mirar a lado y lado del corredor, para comprobar que no hay miradas indiscretas que lo puedan descubrir.

Sin embargo yo, desde mi lejano escondite y gracias al potente par de binóculos que tengo, puedo verlo hasta en los detalles más pequeños e insignificantes, entrar cada mañana a los aposentos privados de la anciana. Por ello puedo notar cómo, después de permanecer por casi media hora encerrado, el repartidor vuelve a salir del camarote, bañado y peinado, muy seguramente después de complacer a la anciana.

Después del tercer día de estar entrando sigilosamente a la alcoba 8K, decidí esperar en la puerta de mi camarote el repartidor del periódico para interrogarlo ¡la curiosidad me mata!

—Ajá, ¿y cómo le va cada mañana con la abuela del 8K?



—¿La anciana del 8K? —se pregunta el hombre, pensativo y meditabundo. De pronto parece caer en cuenta. —¡Ah ya! La recuerdo claro. Pues... muy bien.

—¿Y se acoplan a pesar de la edad?

—¡Perfectamente! Somos como el uno para la otra.

—¿Acaso no hay problema alguno entre los dos?

—No, ninguno. Aunque a veces me pide que le repita, pero debo hacer un esfuerzo para explicarle, ya que el tiempo no me alcanza para demostrarme más.

—¿Que le repita? ¿Es que acaso no le da miedo por su edad?

—¡Por el contrario! Ella dice que haciéndolo todos los días y repitiéndolo por las tardes mantiene la mente lúcida y despierta.

—¿Por las tardes también? ¡Pero cómo! ¿No se da cuenta de que a su edad es una locura?

—¡Al contrario! ¡Para ella eso es felicidad! Dice que contar con alguien como yo es una bendición de Dios.

—¡Eh, ave María, purísima! Si no lo oigo de su propia boca no lo puedo creer.

—¿Qué es lo que no puedes creer? —preguntó intrigado el hombre.

—Que a su edad, la abuela del 8K siga encerrándose con hombres jóvenes como usted para tener aventuras de amor salvaje.

—¿De qué habla usted, señora? Yo entro cada día a la habitación 8K es a leerle el periódico a la anciana, ya que ella, por problemas de visión no es capaz de leerlo por sí sola.

MonStá

Por Carlos Daniel Hoyos González
Estudiante de grado 6º - Colegio Ebenezer (Cúcuta)

Era un fin de semana cualquiera; después de almorzar con mis amigos en un sitio rústico fuera de la ciudad, caminé hacia mi casa, la cual queda en el bosque pero para acortar distancia pasé por un callejón que luego me conducirá hacia mi destino. Pasando por dicho lugar volté hacia el otro lado y vi la figura de una persona que parecía rebuscar dentro del contenedor de basura. Por poco vi su cara cuando su cabeza se giró a un lado. Escuché claramente el crujido como si de un búho se tratase. Me quedé paralizado y nervioso, pero al instante recobré la normalidad como si no hubiese pasado nada. Sé que es extraño para una persona cuando ves algo tan anormal en un callejón, pero es que soy diferente a los demás.

Ya entrando en el bosque mis botas chocaban contra la tierra, la brisa soplaba y se oía el crujido de los árboles. La mayoría de las personas encuentran esto algo espeluznante, pero yo no conocía bien esta ciudad y sabía cómo defenderme. Además siempre tengo la navaja en el bolsillo del pantalón, esa vieja navaja que a los nueve años mi abuelo me regaló. Por eso me dije: “Soy fuerte y rápido, ¿a qué debería tenerle miedo?”

Al fin llegué a mi casa, estaba contento de tenerla para mí solo, ya que mi madre trabaja mucho últimamente. Ya era tarde y me

fui a dormir, cerré mis ojos para relajar mi cuerpo y después me quedé dormido. Más tarde despierto de repente de mi descanso, me acomodo en la cama y me pregunto: ¿Qué me ha despertado? Estoy a punto de quedarme dormido de nuevo, pero justo antes de lograrlo, un sonido llama mi atención, pensaba que vendría del bosque, seguramente serían mapaches –animales estúpidos– pensé, odiaba cuando los mapaches me despertaban, me quedé atento pero luego me acomodé en el colchón y ya casi dormido, escuché de nuevo un sonido, pero esta vez no se detuvo y se escuchó más y más fuerte ¿Sería una rama? ¿Acaso era real o estaba en mi cabeza? Me senté en mi cama, las sábanas se deslizaron por mis brazos, traté de buscar la navaja en mi mesita de noche, mis dedos la sintieron y la agarré, podía ser exagerando, pero más vale prevenir que lamentar. Cada vez se escuchaba más cerca, tomé la navaja con fuerza, sonaban como pasos, el lento sonido comenzaba a sonar en la sala caminando hacia el pasillo. No había dudas, no eran mapaches, alguien estaba en mi casa. Se me puso la piel de gallina y un frío me subía por la espalda, mi corazón latía como tambor y el temor tomó todo mi cuerpo, estaba congelado como un témpano de hielo, no quería respirar y mi corazón resonaba en mis oídos. Si hacía algún ruido, lo que estaba en el pasillo podía escucharme. Pensé en qué debía hacer, entonces salté con valentía de la cama, observé la sombra de unos pies detrás de mi puerta, por la sombra pude ver que era algo grande, me quedé sin respiración, cuando vi que la puerta se abrió, traté de gritar y cuando lo vi, recordé el callejón y el contenedor de basura era la misma persona, un sudor me recorrió el cuerpo sólo tuve fuerzas para gritar ¡Nooooo!



Era un ser extraño, tenía un codo como de púas puntiagudas, tenía cicatrices en el cuerpo, dientes como si fueran agujas y un largo y peludo brazo como el de un perezoso, se acercó lentamente hacia mí, dirigió su mano hacia la pared para rasgarla produciendo un rechinado, retrocedí contra mi cama, estaba agarrando la navaja con fuerza y valentía estaba dispuesto a defenderme, pero me di cuenta de que aquel ser tan espantoso en su brazo de perezoso tenía unas largas garras como si fueran cuchillas, mucho más resistente que mi pequeña navaja. No podía moverme y de la impresión solté la navaja que cayó en el suelo, traté de buscarla, pero él siguió rechinando las paredes de mi habitación hasta acorralarme, todavía estaba buscando mi navaja, pero como todo estaba oscuro no la encontré, mi corazón latía cada vez más y más fuerte, no pude hacer nada, él estaba a un solo paso de mí, elevó su largo brazo de perezoso, seguro me pasará algo, pensé, lo movió hacia mí y sentí sus garras en mi estómago, con su otro brazo me agarró el cuello de la pijama y me elevó solo un poco, me cortó el estómago fuertemente, mi cuerpo no se movía, ya no era miedo era dolor, mis ojos comenzaron a apagarse y lo último que sentí fue el fuerte sonido de la alarma que me despertaba para ir a la universidad.

FIN

